El siglo del *Gran Tour* (1715-1793) (y II)

Luis Lavaur*

Inicia su curso esta parte de la averiguación abordando un tema adscrito con caracteres de novedoso en la naturaleza del turismo del XVIII. La comparecencia resuelta irreversible de la mujer en el viaje turístico, culminando un largo proceso en puridad consumado en el Siglo de las Luces. Un hecho que aparte de suponer un aporte circunstancial de alcurnia al caudal del turismo, constituye un hecho sociológico de alto significado exponencial del alto grado de madurez alcanzado por la actividad.

Turismo femenino

Un suceso que desde su óptica particular, y con connotaciones de Ecos de Sociedad, certificaba epistolarmente desde Turín, en 1742, una contumaz e infatigable correveidile inglesa:

> «Me dicen que lady Walpole está ahora en Verona y que piensa pasar el Carnaval en Venecia. Mrs. Pratt pasó por aquí la semana pasada y esperamos cualquier día a la duquesa de Buckingham. Parece ser que Italia goza de la bendición de ver señoras inglesas de toda importancia y calidad» (1).

Supuesto a punto de materializarse, y a muy altos niveles, por damas no necesariamente británicas. Evidenciado en giras como la disfrutada en 1754, por el sur de Francia y casi toda Italia, por la delicada margravina de Bayreuth, hermana de Federico II de Prusia, servida ella y su séquito por un cortejo de más de cincuenta sirvientes de categoría varia. Gira tan ajustada a los cánones del *Grand Tour* como el suntuoso *Giro* de Italia, en 1776, de la riquísima duquesa de Chartres, escoltada, en compañía de su arpa, por Mme. de Genlis, institutriz de sus hijos, participantes en la excursión, y autora de melifluas novelitas, tan leídas en sus buenos tiempos como ignoradas en los nuestros.

La mujer acrecienta su presencia en el viaje conforme el *Grand Tour* se eleva a cimas supremas de opulencia y boato. Atributos presentes en la grandiosa expedición seudocultural, emprendida en 1781, desde San Petersburgo, por la jovencísima y rubísima María

(*) Escritor.
(1) *Letters from the Right Honourable Lady Mary Wortley Montagu* (1709-1762). Londres, 1906.
La primera parte de este trabajo fue publicada en el núm. 95 de E. T.

Feodorovna (nacida Sofía-Dorotea-Augusta de Wurtenberg) sobrina de Federico II de Prusia, haciéndose acompañar, como la sombra a un cuerpo, por su insípido marido Pablo, hijo y heredero de otra alemana, la zarina Catalina la Grande. Fastuoso el recorrido del *tour* por Polonia, Austria, Suiza, Venecia, Nápoles, Roma y Florencia, con una movidísima escala en París de la Francia, rindiendo la gran duquesa pleitesía a la ya capital del mundo de la moda femenina. Rindiéndoselo como lo venían haciendo las señoronas alemanas y rusas que empezaban a verse por París. Entregándose Mme. la comtesse du Nord (por ser el de condes del Norte el seudónimo adoptado por la ducal pareja en el curso de un viaje protocolariamente de incógnito, como los de Pedro I), a un orgiástico *shopping* turístico, adquiriendo en el curso del cual acopio tal de muebles, porcelanas, tapices, vestidos, sombreros telas y encajes, en cantidades suficientemente ingentes para inducir a su suegra la gran Catalina a promulgar un decreto aduanero tendente a poner coto a las importaciones, en Rusia, de los objetos de lujo que hicieron famosas y prósperas a las *boutiques* de la rue de Saint-Honoré (2).

Desplazamientos de alto bordo a cuya zaga procede incluir otros de costo y renombre inferiores a los evocados, pero superiores tal vez en complicaciones logísticas. Como el protagonizado en el verano de 1783, por la princesa de Carignan, por rutas de la Suiza central aún no aptas del todo para carruajes, componiendo al atravesar el bello lago de Thun, entre Interlaken y Berna, una exquisita estampa viajera saboreada desde una orilla por un excursionista suizo:

> «A las diez de la mañana —consta en su carnet de viaje— apercibimos una pequeña flotilla en la superficie del lago. En aquel momento un viento favorable erizaba la superficie de las aguas, y a velas desplegadas y bajo felices auspicios *Madame la princesse* avanzaba hacia Thun. Un navío cargado con su servicio personal seguía al de la princesa, y si no me equivoco, un tercero transportaba a los caballos y a los coches» (3).

Sin preterir en la remembranza de *grandes dames* en plan de viaje el recuerdo de féminas de no tan alta alcurnia, quienes en trances de practicar en solitario turismo de alto bordo, mitigaron carencias de compañía conyugal, o de sucedáneos, viajaron por todo lo alto, con las enormes pelucas acompañando a los aretes de los miriñaques en los baúles, mereciendo las que vienen llegando la calificación de autoras turísticas de pro. Sentando cátedra de buen narrar la perceptiva Mrs. Anne Miller (*Letters from Italy*, 1776) y la escandalosa obra de Mrs. Piozzi (*Observations and Reflections made in a Journey...*, 1789), viuda de un riquísimo cervecero inglés, que dio en Londres la campanada del año, al casarse en 1783 con un apuesto italiano, profesor de música de sus hijas.

Merecedora por derecho propio de figurar en el capítulo de viajes esforzados, el emprendido en 1766, y a sus 67 años de edad, por la cultísima Mme. Geoffrin, ausentándose de su palacio y de París, atravesando casi toda la Europa central, para visitar Viena y otras ciudades de interés, y en Varsovia, a uno de los más notables contertulios de su «Salon», el rey de Polonia Estanislao Augusto Poniatowski.

(2) Cfr. Louis Réau. *La Europa francesa en el Siglo de las Luces* (México, 1961).
(3) P. Petitpierre. *Eine Reise nach dem Berner Oberland. 1783* (Berna, 1918).

Delicias balnearias

Viene a ser cuestión más de justicia elemental que de galantería, la obligación de computar entre las más inmediatas consecuencias de la inserción del elemento femenino en el turismo internacional la de vincularse la mujer, de modo positivo y en rigurosa relación causal, con el auge del termalismo turístico. Categoría en la que nimbados con un aura de refinamiento y *bon ton* lograron ingresar algunos balnearios, si bien no todos ni mucho menos. De hecho, únicamente los de nada difícil acceso, enclavados en bellos entornos y, sobre todo, los aventajados en el logro de mantener bajo el nivel de su terapéutico perfil, y lo más empinado posible el de la fama de sus confort y diversiones.

Los dotados de tales requisitos, amén de unas facilidades alojativas de calidad *ad hoc,* divulgadas por ciertas dosis de publicidad, aún más oral que impresa, disfrutaron del rentable privilegio de verse frecuentados, durante los veranos, por un lucido concurso de damas y caballeros venidos de países más lejanos y diversos que en la época barroca del termalismo. Frecuentados ahora por un *beau monde* de gentes bien, anhelantes de distanciarse por algunas semanas de los caseríos compactos y apelmazados de las grandes ciudades, deseosos de tonicar cuerpos y ánimos, como el romano su *corpus* y su *mens,* en contacto con una naturaleza naturalmente refrigerada por la benevolencia del clima, domesticados los verdores del paisaje por manos peritas.

Gentes dedicadas a amenizarse las horas del día relacionándose con sus pares a la sombra arbolada de los paseos y parques de precepto, para consumir las noches de estío en jovial diversión. En torno a las mesas de juego, con trasfondos musicales de instrumentos de cuerda. Entregándose ¡cómo no! al galante ejercicio del baile. Pero ¡eso sí!, guardando al danzar en los *bal parés* o *masqués,* del tiempo, las mesuradas cadencias de la pavana y la gavota, las distancias impuestas por la etiqueta y la circular amplitud de los miriñaques y las crinolinas. Descubriendo ellas en las *réverences del minué,* hombros y bastante más que el nacimiento de los senos, por gala partidos en dos. Envueltos los caballeros en la revolera de sedas y encajes de su atavío —y como las sardineras de Santurce (Spain)— luciendo las pantorrillas. No en vano la segunda *piece de résistence* del atractivo masculino en la era de las pelucas. Componiendo el todo galantes *tableaux vivants,* dignos de los pinceles de Wateau, reproducidos entre dorados destellos por las amplísimas lunas de los espejos, desempeñando su cometido de reflejar, en cascada, la luz proyectada por humeantes baterías de arañas y candelabros.

Al igual que en épocas posteriores, sin radicar la baza decisiva del balneario turístico de entonces en el potencial curativo de sus aguas, al depender directamente su categoría de la de los agüistas. De la rutilancia de la concurrencia que fue capaz cada establecimiento de atraer en base a la oferta de unas facilidades excepcionales para el esparcimiento.

Circunstancias contribuyentes para hacer de aquellos lugares una especie de ciudades ideales de verano para el oligarca y su pareja. Consistentes, dicho a la romana, en un trasplante de la *urbs* al *rus.*

«Voulez-vous danser?»

De la ciudad al campo, pero con toda la impedimenta ciudadana. Un patrón materializado en determinados balnearios de clásico prestigio, revitalizados a costa de fuertes inversiones de capital ubicados en paisajes de maravilla y de cómodo acceso: tales como el balneario bohemio de Carlsbad, el pirenaico de Luchon o el de Spa.

Ya de antiguo, algo muy especial debieron tener las aguas de Spa para los bañistas británicos, cuando con el nombre de *Spaw Waters* sirvieron para bautizar a los también llamados *English Spaws* existentes en la isla. Llegando la sólida popularidad en Inglaterra del balneario belga al grado de utilizarse hoy, en inglés, y en plan genérico, el término de *Spa* como sinónimo de balneario. Cuando y como no pudo ser menos, bastantes ingleses, arrostrando inclemencias climáticas, y sin salir de su isla, se guardaron muy mucho de renunciar a la práctica del termalismo turístico. Eclipsados todos los en funciones, y sin remisión, una vez entrada en liza la maravilla arquitectónica y balnearia de Bath. Una villa semimedieval, con importantes restos de termas romanas en su casco urbano, enclavada en un privilegiado paraje a orillas del shakesperiano Avon, sujeto en el curso del XVIII de una impresionante remodelación urbanística concebida en el más puro estilo neoclásico.

Obra planificada y sufragada por varios empresarios, embarcados en una operación inmobiliaria de muy alto bordo. Abordada primero por un audaz contratista de obras, propietario de unas estupendas canteras vecinas, más tarde secundado por Sir W. Pulterney, perpetuado su nombre por una de las joyas arquitectónicas de Bath: el or-

namental Pulterney Bridge, réplica en neoclásico del veneciano puente de Rialto. En el mismo estilo del circus y del archimonumental Royal Crescent, un inmenso bloque de apartamentos construido en una fastuosa elipse granítica, contrarréplica de la cóncava curva de sus fachadas, del exterior del Coliseo romano.

Nuestro Ponz, al visitar Bath en 1783, la conceptuó extasiado...

> «...la más curiosa ciudad que he visto ni espero ver en este reino, junto con la increíble magnificencia de las costosas obras que se han hecho en ella en este siglo, y que prueban, tanto o más que las del mismo Londres, a donde ha llegado en él la inglesa opulencia. El concurso de Londres y de toda Inglaterra es increíble y la mayor parte sólo va a gozar los objetos de diversión que en Bath se han establecido» (4).

Lo que pareció llamarle más la atención al enciclopedista Diderot fueron las abismales diferencias ambientales entre el balneario inglés y los de su país:

> «Desagrada la estancia en los nuestros y raro es que al abandonarlos volvamos: si sus propietarios supieran lo que más les conviene, los convertirían en lugares que por lo gratos atraerían a los sanos. Es lo que han hecho en Bath los ingleses.»

Un episodio descollante de un florecer termal en el que con todos los pronunciamientos favorables se inscribe la vigorosa reemergencia, en fino, de ciertos *Baden* germanos, pronto frecuentados por estimables contingentes británicos, y rusos también, pertenecientes, claro está, al estamento más aristocrático y afrancesado de la remota Rusia.

En el considerable espacio dedicado por la *Guide des Voyageurs* para Alemania, de Herr Reichard, pondera en el bohemio de Toeplitz la posibilidad de bañarse en agua termal en la bañera privada de la propia habitación del hotel, elogia *la situation romantique* y los bailes dominicales del de Carlsbad, echando el resto de los panegíricos sobre el prusiano de Pyrmont, lanzado por el rey Federico II. Centro de la vida social, o *rendez vous général,* el palacio ducal, donde *On'y proméne, on'y déjeune, on'y dine, on'y joue,*ofreciendo bailes, conciertos, *pique-niques,* comedias en el teatro del palacio, fuegos artificiales —y por supuesto— juegos de azar.

Repitiéndose en menor escala al renacer germano en algunos *Bagni* italianos con mínimas connotaciones patológicas. Muy a la moda los clásicos *Bagni* di Lucca, a los que se juntaron las vecinas y modernas Leopoldine Terme (hoy de Montecatini), puestas en servicio a expensas del muy ilustrado Gran Duque de Toscana, gozando de cierta fama por su eficacia en solventar problemas de esterilidad femenina y masculina también. El término de la ecuación aludido en mayo de 1785 por el señor vizconde de la Herrería, embajador de España en Turín, y de modo bien explícito y cordial, al recomendarle acudiera al ameno balneario toscano, a su colega, el conde de Aranda, recién matrimoniado, a sus sesenta años, y en segundas nupcias, con una aristocrática sobrina-nieta de diecisiete primaveras:

> «Si V.E. quiere darnos el gusto de que veamos corretear a un Pedro Paulito, véngase a Terme, en compañía de la condesa, porque se hallan en aquel paraje aguas sumamente prolíficas, con las que se levantan todos los días chichones de nueve meses, y se templan los escoplos que han de levantar el chichón» (5).

(4) Antonio Ponz. *Viage fuera de España* (Madrid, 1783).
(5) La cita en: Rafael Olaechea. *Viajeros españoles del XVIII en los balnearios del Alto Pirineo francés* (Zaragoza, 1985).

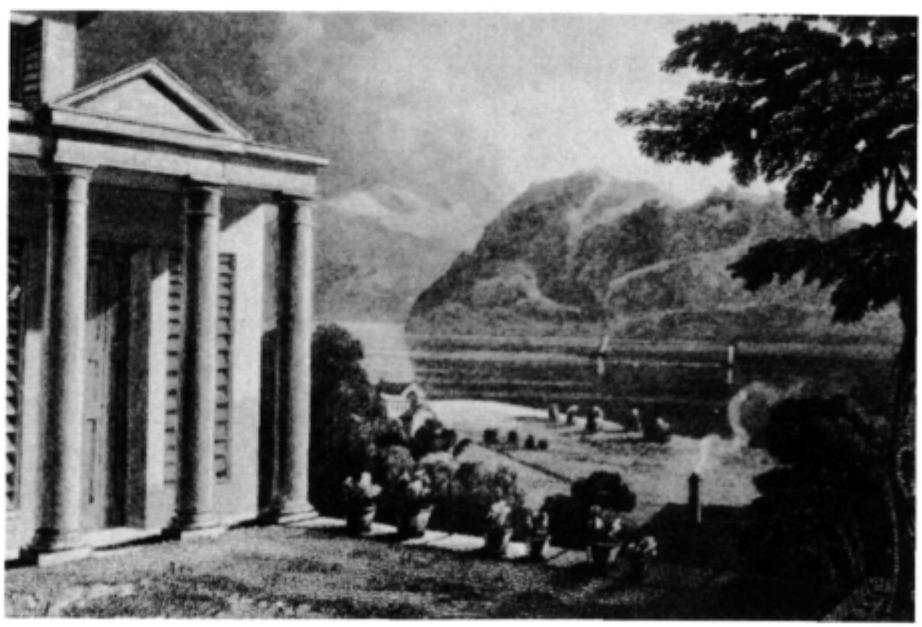
Treinta años de bonanza

El turismo del XVIII gana en empuje y corporeidad mediado el siglo su curso, registrándose el punto de inflexión en fechas precisas, primordialmente a consecuencia del período de relativa paz continental, al concluirse siete años de extensiva conflagración, enzarzadas las protestantes Inglaterra y la Prusia de Federico II, por un lado, contra las católicas Francia y la Austria de María Teresa, por el otro. Iniciándose tan pronto hecha la paz un momento auténticamente estelar en la Historia del Turismo, tintado por un distintivo acento neoclásico, determinado por la conmoción estética generada en el mundo del viaje por los portentosos descubrimientos arqueológicos realizados bajo las milenarias lavas y cenizas de Herculano y Pompeya.

Hallazgos predestinados por naturaleza y en la fecha en que tuvieron lugar, a pronta divulgación por entre un colectivo turístico receptivo en extremo al signo de aquellas exhumaciones, transida como estuvo su educación de patricias nostalgias por pasados clásicos sublimados. Llegando a Nápoles los viajeros imbuidos de expectación por la posibilidad de visionar en Pompeya una moderna revivificación, tal cual, de una sucursal de la Roma imperial. Sentimiento responsable de que a partir de 1770, ecuménicamente, y en sus países de origen, la América inglesa inclusive, se erigiera al templo griego como patrón constructivo de palacios, bibliotecas, y fachadas de teatros y de templos, tanto para el protestante como para el católico.

Décadas de febril actividad viajera, aquéllas, coincidentes, y no de modo casual, con los años punta de la emigración de la *gentry* británica al continente, cuyo ápice debió andar en torno al 1785, cuando el historiador Edward Gibbon, y a ojo de buen cubero, captó desde su estratégico observatorio suizo de Lausanne, un dato estadístico de interés:

«Me dicen, y me parece increíble, que en estos momentos más de 40.000 ingleses, señores y criados incluidos, se hallan de gira por el continente.»



Pabellón y terraza de la casa de Gibbon en Lausanne.

Masters, por supuesto, *and servants included,* naturalmente, y como cumplía en integrantes del *Grand Tour.* Cifra que a tenor de la población europea y británica del tiempo, por poca corrección que tuviera, revelaría un tráfico para la época de muy considerable entidad.

Susceptible de comprender la suma a cierta especie angloparlante de viajeros, a punto de irrumpir en las estadísticas como una nacionalidad turística más. Los *Americans,* o *colonials,* según llamaron los ingleses de la metrópoli a sus compatriotas nacidos al otro lado del Atlántico, pero como buenos ingleses pertenecientes a las más ricas familias de ultramar ya imbuidos, de los ancestrales impulsos propios de su raza. Impelidos en su caso a cruzar el océano para visitar el viejo continente incluida, por supuesto, la madre patria (6).

Tráfico interrumpido de pronto para la Gran Bretaña, en 1775, al iniciarse la *American Revolution* como con hipérbole manifiesta bautizaron los americanos del Norte a una mera guerra de secesión, provocada por la excesiva presión fiscal impuesta unilateralmente por el lejano poder central. Un cese de llegadas del que tomó buena nota Horace Walpole, camino del continente, al recalar en Canterbury, etapa muy frecuentada por turistas desde los tiempos de Chaucer por, entre otras circunstancias, concurrir en la catedralicia ciudad una equidistancia entre Londres, y los más activos puertos del Canal, que la erigía en escala ideal para viajes no espoleados por la prisa, enemiga nata del bien viajar.

El dueño de la posada en la que se alojó Sir Horace, *the man at the Inn,* describió a la ciudad sufriendo ya en su erario los nefastos efectos de una guerra que terminaría alumbrando a los Estados Unidos, informándole de lo mal que marchaban los negocios a causa del conflicto ultramarino, ya que sólo de viajeros americanos solía extraer el suyo un beneficio de 200 libras anuales (7).

Por entonces había cesado de ser el turismo de altos vuelos cosa de hombres o de muchachos bien, en viajes de estudios o de fin de carrera bajo la férula de un ayo o tutor, habiéndose convertido en empresa familiar en ambos sentidos. Los relatos viajeros del tiempo revelan a ritmo creciente el tránsito de ex- estudiantes ingleses en especial, de vuelta ya maduros, a las mismas andadas, para con más dineros y saberes y renovados bríos, revisitar los lugares mal conocidos en su juventud. Y no pocas veces formando esposas e hijos de la excursión, acompañando a maridos y padres en viajes más o menos prolongados, no sin razón considerados de placer.

Un cambio manifestado a ojos vistas al cesar de ser inusitado espectáculo contemplar por los viejos caminos de media Europa, ahora renovados, el tránsito a bordo de carruajes entre cómodos y lujosos, propios o de alquiler, con criados e hijos, a veces cortos en edad, integrando la lucida caravana del *Grand Tour.* Y raramente con motivos de arrepentirse de lo que si tuvo poco de audaz o arriesgado, muchísimo de oneroso.

Evento sucedido mediado el siglo, en paralelo con los largos años de publicación a orillas del Sena, de los treinta y siete tomazos de *L'Encyclopédie,* por la multinacional de la intelectualidad ilustrada. La *Summa Philosophica* del colectivo libre-pensador del siglo, impre-

(6) Amplia información sobre el tema en el capítulo II, *Eighteenth Century;* Foster Rhea Dulles *Americans Abroad* (University of Michigan, 1964).
(7) *Yale Edition of Horace Walpole's Correspondence* (New Haven, USA. 1939).

sa a lo grande en la fase áurea del *Grand Tour,* y quién sabe si, al fin y a la postre, en la edad dorada del gran turismo también.

Por florecer el viaje turístico de entonces, enmarcado en una era constitucionalmente propicia para espolear la extraordinaria movilidad acusada por personajes tan representativos de su tiempo y especie como el mismo Walpole, el enciclopédico tenorio veneciano Francesco Algarotti, su pegajosa y pertinaz amante, la culta lady Wortley Montagu, el emperador José II de Austria, estrictamente conde de Falkestein, y nada más, en sus viajes privados, el *latin lover* Casanova y tantos otros.

Algunos embarcados en peripatesis tan bizarras y vesánicas como las vividas por espacio de dos juveniles lustros, y a partir de 1766, por el aristocrático turinés Victor Alfieri (1749-1803), desplazándose mentalmente a galope tendido desde Lisboa a Cádiz, hasta Suecia y San Petersburgo y pasando, claro es, por París, Londres, Viena, Dresde y Budapest, confesando ser el *leit motif* de sus viajes el teatro y los bellos caballos, no necesariamente en ese orden de preferencias (8).

Otros enrolados en viajes de tan prístinas motivaciones culturales como los de Linneo y los del prestigiado musicólogo inglés, doctor Charles Burney (1736-1814), extrayendo fenomenal partido a una pésima salud de hierro, de la que tanto se quejó en sus ochenta y ocho años de vida, realizando en el ínterin dos extensos *tours* europeos, para bastante más que recopilar datos para su monumental *Historia de la Música.* Uno a Italia, en 1770, por Francia y Suiza, seguido dos años después por otro a Viena, regresando por Dresde, Berlín y Hamburgo, ambos narrados en sendos libros de viajes, leidísimos en gracia de la precisa información que facilitan sobre condiciones viajeras.

Por su parte, alguna relación hubieron de tener con la música y el turismo los constantes vaivenes del judío veneciano, nacido Conegliano, autorrebautizado luego con el eufónico y linajudo nombre de Lorenzo da Ponte. Sacerdote católico, primero, perpetuo buscavidas después, colaborador y amigo en su calidad de autor de libretos operáticos para Mozart y Salieri, durante sus residencias en Viena y en Dresde, casado en Londres por el rito anglicano con una inglesa, para rematar vida y andanzas sin fin, al frente de una cátedra de lengua italiana, en Nueva York, en la joven Universidad de Columbia.

Apuntando en el horizonte carreteril una subespecie viajera de cierto futuro ulterior, representada en su juventud por Oliver Goldsmith (1728-1774), vástago de una familia irlandesa escasa de posibles, quien harto de tratar infructuosamente de graduarse en medicina, primero en Edimburgo, y luego en Leyden, decidió imitar a sus ricos condiscípulos emprendiendo en solitario su *Grand Tour* particular. «Con una guinea en el bolsillo, una camisa a la espalda y una flauta en la mano», informó después, instrumento con el que tocando aires populares, de vez en cuando, y siempre según su versión, atravesó Flandes, parte de Francia y Alemania, contempló congeladas las célebres cataratas del Rhin, Italia, por supuesto, regresando al hogar tras un año de vagabundaje. Maltrecho, pero rebosante de vivencias y sensaciones relatadas en sus no del todo verídicas *Adventures of a Strolling Player,* ricas en experiencias luego bellamente rimadas en su largo e inspirado poema, *The Traveller* (1764), que le hizo famoso.

(8) Victor Alfieri. *op. cit.* . Epoca Tercera. Cap. I. «Abarca unos diez años de viajes y disipación.»

Con la contrapartida de realizarse viajes así justamente en el umbral de una época valorando ya altamente la velocidad en los desplazamientos, dando pie a un turista de viaje en 1783 por Alemania, para censurar a los viajeros de su tiempo, *qui voient le pays du fond de leur berlines, en courant la poste* (9).

Epoca igualmente proclive a incitar a desplazamientos por su desmesurada longitud y aspereza trascendiendo los mesurados límites territoriales del *Grand Tour*. Transgresión sobresaliente en los minoritarios y extraturísticos viajes a la Grecia clásica, al Estambul otomano y al Oriente próximo, pero no, pese a su extensión, los medularmente turísticos viajes, forzosamente individualizados, a la nueva Rusia, forjada a cintarazos de *knut* por Pedro el Grande, al regreso de sus dos epopéyicos *tours* europeos. Apasionante ruta en cierto modo abierta al turismo, en 1739, por el enciclopédico enciclopedista Algarotti, contratado para impartir lecciones de física experimental a la zarina Anna Ivanovna (10).

La Rusia de las zarinas

Desencadenándose un ir y venir de extranjeros grandemente incentivado, cuando no financiado, por la viuda del nieto de Pedro I, la apasionada Catalina la Grande. Una inteligentísima marimandona alemana, como su modelo, y a veces enemigo, Federico II, loquita perdida por codearse con intelectuales famosos *de la gaŭche*. Fascinados éstos por la «Semiramis del Norte», como entre otros piropos a la gran déspota apellidó su incondicional Voltaire. Tras imponer el francés como lenguaje oficial de la Corte, Catalina invitó con gastos pagos a venir a verla a los editores de la Enciclopedia. Honor declinado por d'Alambert, pero prontamente aceptado en 1773 por el sesentón Diderot, arrostrando las inclemencias de un viaje en berlina de París a San Petersburgo, a donde en condiciones similares acudieron el matemático suizo Euler, y una pléyade de sabios y especialistas, entre ellos, algunos doctos jesuitas españoles de los expulsados, bien recibidos, de seguro para fastidiar al papa.

Deslumbrados todos y cada uno por la armónica belleza y suntuosidad de San Petersburgo, la ultramoderna y ultraeuropea capital del Imperio eslavo, grandiosamente construida a principios de siglo de la nada. Planificándola al estilo de Amsterdam, sobre un lodazal, por un nutrido elenco de arquitectos y urbanistas extranjeros. Primero, dando forma a las ideas de su fundador, Pedro el Grande, bajo la dirección del francés Alexandre Leblond, continuada la empresa por la zarina Elizabeth Petrovna con superior esplendor, por la orilla derecha del Neva, siguiendo las directrices de Bartolomeo Rastrelli, un poco menos italiano de lo que da su nombre a entender. Creación complementada muy al estilo de París, al circundar la ciudad con una gloriosa guirnalda de Versailles, sería inexacto decir que en miniatura, compuesta por los palacios veraniegos de Oranienburg y Peterhof, a orillas del Báltico, subordinados al Imperial sitio de Tsarkoie Selo —la aldea imperial— un poco más al interior.

Un San Petersburgo al que tocó darle remate y publicidad a Catalina la Grande, soberana dada a premiar los servicios prestados a ella y a la patria, por algunos de sus amantes, con regalos que real-

(9) Barón de Riesbeck. *Voyage en Allemagne* (París, 1788).
(10) *Viaggi di Russia* (*Opere scelte di Francesco Algarotti*, Milán 1823).

zaron el señorial aspecto de la capital. Tocándole al príncipe Orlov el Palacio de Mármol, el de Tauride a Potemkin, nada más que el trono de Polonia, al apuesto Poniatowski, elevando en 1782 Catalina a su antecesor Pedro el Grande, una bellísima estatua ecuestre en un lugar privilegiado, obra de un escultor francés.

Obras contribuyentes a que celebraran una encendida admiración turistas del afrancesadísimo intelectual alemán, Melchior Grimm, visitante de San Petersburgo en 1773, acompañando en funciones de guía-correo al joven heredero al principado de Hesse, retornando tres años después para acompañar en su *Grand Tour* por Alemania e Italia, y desde Rusia, a los jóvenes condes Rumiantsov.

Hubo quienes llegaron atraídos por la fama de las suntuosas pompas palaciegas de la cosmopolita corte del exótico imperio de todas las Rusias, desplegadas sobre un trasfondo de atraso y miseria. Importante el núcleo visitante compuesto de alemanes al que pudo incorporarse algún turista de nacionalidad indecisa y talla del príncipe de Ligne, llegado en 1780 a San Petersburgo, a «la ciudad más bella del mundo», opinión estampada, y no a humo de pajas, de seguro, en sus Memorias, en las que confiesa haber venido por vez primera —pues reincidió— en cumplimiento de una apuesta concertada en París, en el palacio de la duquesa de Polignac (11).

Sin que para precisar comparativamente la entidad del turismo a Rusia, esté de más indicar que sin contar en su haber, ninguno de los viajeros mencionados, con una simple visita a España. Excepto el andariego criollo venezolano Francisco de Miranda, gozando en 1783, en Rusia y a dar de Dios, amenidades para el turista inexistentes entonces en la España que conoció. Tales como maravillarse contemplando, en régimen de museo, las colecciones de pinturas recién compradas por Catalina en Inglaterra y Holanda, expuestas en un pequeño edificio adosado al primer Hermitage. Y conociendo en Moscú, y desde bien dentro, los inmensos baños públicos sobre el frígido Moskova, pletóricos de rusas y de rusos bañándose de mancomún en canicas, o pelota picada, con la posibilidad de poder rematar nocturnamente la jornada, acudiendo «a ver vailar a los Gitanos, que vailan la danza Rusa con suma voluptuosidad» (12).

Un momento de tantos en que el esforzado turista sudamericano se autorretrata en sus diarios de viaje próximo a practicar una especie heterodoxa de turismo sexual, mucho antes de hablarse —y cómo— de turismo social. Y de modo manifiesto al inventariar con minucia lugares, costos monetarios, y otras circunstancias de aquella clase de esparcimiento.

Un modo de incrementarse los gozos del turismo en solitario, en el que visto lo consignado en sus *Journals,* también figura ingresando, a tambor batiente y por la puerta grande, nada menos que James Boswell Esq. Anotando en las páginas de sus diarios los intercambios de sus pertinaces gonococias con las pupilas de prostíbulos de toda laya y nación que asiduamente frecuentó, cuando no ayuntándose con las animosas «visitadoras» accesibles sin moverse del cuarto de muchas de las fondas en que se alojó.

En el capítulo de viajes extraordinarios reclaman mención por su extravagancia los extraños desplazamientos por Inglaterra del indo-

(11) Cfr: Albert Lontholary. *Le Mirage russe en France au XVIIIe siècle* (Paris, 1923).
(12) *Diario de viajes del general Miranda* (Archivo Nacional de Venezuela, Caracas).

lente político, sorprendente diletante y excéntrico vizconde George A

centro de recepción de turismo muy importante.
tal de llegadas de turistas al continente america-
una participación del 13,2

El Caribe es u
Considerando el
no, el Caribe tien

tanto en su práctica— aquella homogeneidad cultural subyacente en la mentalidad del «Siglo de las Luces». Revelada a través del aire de familia ostentado por los viajeros auténticamente ilustrados, independientemente de sus patrias de origen, obviamente exentos aún de las fiebres nacionalistas desatadas por la *Grande Révolution.*

Fundamentalmente preciso para que al menos entre los cultos y los cultivados, en una palabra, entre los *éclairés,* se forjara una especie de multinacional intelectual, ineluctablemente generadora de un clima social singularmente estimulante a la práctica del turismo, primordialmente entendido, como empresa cultural. Un condicionante este, detectable a modo de ejemplo ilustrativo, al analizar el influjo de la literatura del tiempo, en el inicio del proceso de la incorporación de Suiza al gran turismo.

Paisajismo helvético

La conexión de Suiza con el *Grand Tour,* en base a su ubicación geográfica si bien pudiera ser un evento que se veía venir, no hay duda de que lo aceleró la acción determinante de una nueva corriente literaria. De ciertos textos en los que los viajeros ingleses aprendieron una más lírica percepción de la naturaleza.

Un modo personal de interpretar el paisaje, vinculado con los prolegómenos del movimiento romántico de modo manifiesto. Nexo plasmado de manera casi tangible en el plano lexical del idioma inglés. Al aparecer el vocablo *romantic,* un neologismo invariablemente aplicado, y a ritmo creciente, a un tipo muy definido de paisaje. Significando originalmente el término —y siempre en inglés— ora *romanesque* (o novelesco, de *roman,* por descontado) o bien *pittoresque* o *picturesque,* ambos fonemas meras variantes ortográficas de un mismo concepto. En definitiva, el sentido atribuido al vocablo «romántico», al ingresarlo, en 1798, en el Diccionario de la Real Academia Española: «Se dice ordinariamente de los lugares y paisajes que recuerdan a la imaginación descripciones de los poemas o de las novelas.»

Exactamente en el sentido usado esta palabra en 1739, y en trance turístico, por el poeta Thomas Gray, tras contemplar, arrobado, y camino de Italia, el abrupto paisaje en torno a la Grand Chartreuse, declarándolo *one of the most solemn and romantic scene I ever beheld.*

Dada la aparición por las librerías inglesas, de guías turísticas tales como *An Account of some of the most Romantic Parts of North Wales* (1771), de Joseph Cradock, nada más natural que al atravesar en 1780 William Beckford la cordillera Apenina, entretuviera la ascensión y la mente con las *Romantic ideas connected with those mountains.*

Conectado el vocablo con aquellas montañas y con cualesquiera otras acreedoras por su empaque y trapío fuera de lo corriente, por nacer el adjetivo romántico predestinado por su carga literaria y sentimental a gozar de vasta difusión lingüística, una vez apadrinado por la lengua francesa, empleado por vez primera —según dictaminan los expertos— por Rousseau, en trance de describir, al pasar, cierto paisaje de su añorada Suiza:

> ... les rives du lac de Bienne sont plus sauvages et romantiques que celles du lac de Genéve, parce que les rochers et les bois y bordent l'eau de plus prés (15).

Cualidad no exenta en la belleza de las poblaciones de las márgenes del Rhin, a juicio de un autor alemán de guías conforme navegaba aguas abajo del gran río:

> L'imagination la plus pittoresque —sentenció en su «voyage» (1783) el barón von Riesbeck— ne sauroit rien inventer de plus romantique que la situation de ces villes et de ces villages.

De hecho, no cabe a las rocosas espesuras vegetales orlando los lagos patrios caros a Rousseau la responsabilidad de la emergencia turística de Suiza, hasta entonces, lugar mayormente de paso para un turismo atraído por la luminosidad italiana, sino a ponerse de moda algo sin relación directa con el alpinismo. Simplemente: la saludable contemplación de unas montañas, formidables en verdad. Rompiendo de una vez por todas con aquel secular *Odium Alpinum,* persistente entre viajeros y presente en el recuerdo de Montesquieu, al formular hacia 1728 la imprecación de que «las montañas suizas las hizo Dios para inspirar horror», sentimiento compartido en las mismas fechas por lady Wortley Montagu, al referirse, de visu, a los *horrible Alps so much talked about.*

Montañas a punto de inspirar deleitosos sentimientos estéticos en importantes segmentos lectores de habla alemana, por obra y gracia de un texto de éxito. El gran poema *Die Alpen* (1729), publicado por un joven científico suizo, Albert von Haller, al regreso de un *tour* por Alemania, Holanda e Inglaterra.

Como apostilla Paul Hazard, «el autor se propuso demostrar que las montañas alpinas no eran horribles, como se creía, sino bellas y grandiosas». Con remarcable fortuna, al comenzar el paisaje alpino a irrogar pingües dividendos turísticos a los suizos de habla alemana, antes de recibir en 1775 y 1779 la repetida visita de Goethe, acompañando a su discípulo, y mecenas más tarde, con el título de gran duque de Weimar. Extasiándose ambos, bastante antes de que Jovellanos hablara en sus «Diarios» de «la horridez» del paisaje de Covadonga, no sólo frente a las cataratas del Rhin, sino en la cima del San Gothardo, y tras un modesto ejercicio de alpinismo, contemplar desde la cumbre del Righi, la fabulosa belleza del lago de los Cuatro Cantones.

Una nueva vanguardia visitante en vías de incorporarse, sobre suelo helvético, a la tradicional corriente inglesa camino de Italia. Integrando el conjunto una clientela a la que en 1779 apuntó el arte de un «vedutista» suizo. El paisajista Caspar Wolf, quien al presentar su obra *Description detaillé des vues remarquables de la Suisse,* se diferenció de sus colegas italianos al ofrecer sus láminas de grabados «a las bandadas de extranjeros que llegan para contemplar los picachos y fenómenos naturales de Suiza» (16).

Hasta llegar a 1784, cuando pudo considerarse a Suiza en franco plan ascendente en la tabla de la primera división turística, al evocar con nostalgia el historiador Gibbon su perdida tranquilidad personal, en su grato refugio de Lausanne, «invadido por extranjeros atraídos por la belleza del país de Vaud y por los glaciares». Y más de uno para desde Ginebra aproximarse a los glaciares realizando una excur-

(15) J. J. Rousseau. *Rêveries d'un promeneur solitaire* (1782).
(16) Jean Clay. *Le Romantisme* (Paris, 1980).

sión muy de moda: la excursión a Chamonix. A una aldea literalmente descubierta en 1741 por dos turistas ingleses, pintorescamente situada a un costado del Mer de Glace y al pie del Mont Blanc.

Por zonas cómodamente transitables y de leve altitud, el turismo suizo comenzó a beneficiarse de una publicidad impagable. De la acción promotora de Rousseau, a quien algunos historiadores de nuestra cultura le responsabilizan de haber desatado el seísmo romántico. No es propósito presente dilucidar aquí los méritos de la imputación. Bastará participar en el criterio de los tratadistas suizos que consideran a su ilustre compatriota el más efectivo propagandista del turismo suizo, en su fase de gestación. Al lograr divulgar a escala universal la belleza paisajística de la orilla norte del lago Léman, entre Vevey y Montreux, en una de las rutas hacia Italia, donde con nitidez extrema y a través de fehacientes documentos, puede verificarse el tremendo influjo turístico capaz de inyectar sobre un paraje específico, un texto puramente literario. Por no ser el instrumento escogido por Rousseau para revelar al mundo una visión inédita de la naturaleza, un tratado, como era norma en su tiempo, uno de tratadistas, sino una novela: *La Nouvelle Héloïse* (1761).

Densa, lacrimógena, redactada en forma epistolar, plúmbea e indigesta hasta decir basta para el gusto moderno, desarrollaba su reiterativa trama distanciándose lo menos posible de la entonces bucólica localidad de Clarens. Allí ubicó Rousseau el domicilio de Julie, la desgraciada heroína de la obra, frente a las rocas de la Meillerie,

«La Nouvelle Héloïse.» La tempestad en el lago de Ginebra.

en la otra orilla del lago, no muy lejos de Vevey, residencia del culto y superferolítico caballero de St. Preuxel, inofensivo Abelardo de la virtuosa Eloísa helvética, describiendo otros parajes, hasta entonces poco conocidos del extranjero pero, eso sí, a cual más paisajístico o más *romantic,* como decían los ingleses y todavía nadie más que ellos.

El autor, insuperable promotor de sí mismo, de sus escritos y también de una pequeña parte de su país natal, no disimuló el carácter autobiográfico de su novela, y en otra semi novela, más famosa todavía, exhortó a sus lectores:

> «Allez á Vevey, visitez le pays, examinez les sites, promenez vous sur le lac, et dites si la Nature n'a pas fait ce beaux pays pour une Julie, pour une Claire, et pour un St. Preuxel; mais ne les y cherchez pas» (17).

Pocos lectores obedecieron literalmente su consigna. El segmento más viajero —ni por asomo el fascinado por el «Contrato Social»— la obedeció a medias. Acudió en enjambres a Vevey, con la finalidad primordial de sumergirse en el paisaje a la búsqueda de las sombras de los personajes de una novela al parecer llevando todos y todas en el bolsillo.

Inicia el desfile el normalmente impávido Goethe, de paso por aquellos parajes en 1777, con *Die Alpen* ya por su trigésima edición y la novela de Rousseau en el bolsillo —y su «Werther» ya en las bibliotecas de la *élite*— confesando sin pudor alguno que lloró al recorrerlos.

Años después en 1786, aparece por allí una viudita francesa, rica, joven, espiritual y de muy buen ver, que en su diario de viaje se autorretrata poco más o menos en la misma situación anímica que el autor alemán:

> «Héme aquí abandonando Lausanne para pernoctar en Vevey, recorriendo la ruta más romántica que he visto y que gracias a Jean-Jacques posee un encanto inaudito, al que ningún lector de la *"Héloïse"* puede sustraerse. Jamás olvidaré el placer que me han producido Vevey, Clarens, las rocas de la Meillerie: todo recuerda allí a la imaginación o al corazón los placeres que debemos a esta obra encantadora, que tantas lágrimas nos ha hecho verter» (18).

Ya en Vevey, escribe la hipersensible turista: «Busqué por doquier la casa de Julie y la situé en un lugar que para siempre permanecerá fijo en mi mente». Una vez posesora de su hallazgo ¿cómo dominar la tentación de imitar a la heroína de la novela? Del modo más simple y efectivo de vencer una tentación. Cediendo a ella. Acto inmediato es un paseíto en barca por el lago de Léman, *pour moi le lac de Julie,* y llegarse a Clarens, en su autorizada opinión «un simple villorrio que debe a Rousseau toda su celebridad».

No eran excentricidades femeninas. El mismo año con la *Héloïse* en la mano, y el corazón en un puño, peregrinó hasta Vevey, el alemán Meiners, autor de las sesudas *«Briefe über die Schweiz»*. Sus razones tendría para considerarse en la necesidad de justificar su conducta aduciendo en su descargo un dato de sumo interés: «Como hace todo viajero de paso por Lausanne, especialmente los ingleses».

(17) J. J. Rousseau. *Les Confessions*, capítulo IV. (1789).
(18) *Les Voyages en Suisse de Madame de la Briche en 1785 et 1786* (Neuchatel, 1934).

Climatismo invernal

Constituye uno de los rasgos novedosos del turismo de las postrimerías del XVIII la acción de climas benévolos y luminosos a modo de poderoso incentivo viajero para turistas, nórdicos en especial. Modalidad de la que en los inviernos se beneficiaron los más soleados paisajes de la Provenza francesa, la universitaria Montpellier y más aún la ciudad de Avignon. Una Italia en miniatura en su condición de enclave secularmente dependiente en todos los órdenes del papa de que Roma, causa de que en 1748 acordara de la directiva del exclusivo club londinense de los *Dilettanti,* que limitaba su ingreso a viajeros que por lo menos hubieran estado en Italia, considerar cumplido el requisito acreditando haberse llegado a Avignon (19).

Con no pocas cosas que ver, además de su famoso y fracturado puente y la tumba de Laura, la amante de Petrarca, en un convento franciscano arrasado durante la Revolución francesa.

Optimo punto de partida la ciudad de los papas para realizar emotivas excursiones de raíz literaria a la vecina y petrarquesca fuente de Vaucluse y otras de tipo arqueológico a las antigüedades romanas de Vienne, Orange y al pont de Gard. Metas de las giras efectuadas en el invierno de 1754 por la friolenta y muy luterana margravina de Bayreuth, durante su estancia en Avignon.

A los turistas ingleses, en tránsito por suelo francés, la ciudad les ofreció en determinadas ocasiones un atractivo adicional a los que le fueron intrínsecos, en su función de seguro refugio en tiempos de conflictos bélicos en los que la Gran Bretaña se vio envuelta. El caso de lady Montagu, por sus conexiones sociales e italofilia, una relación pública de primera. A quien por su cuenta y razón, las autoridades de Avignon, para retenerla, la regalaron en 1743 un viejo molino, con sus terrenos colindantes en una colina dominando el sensacional paisaje de la confluencia del Ródano con el Durance, edificio reedificado por la dama dotándole de una cúpula y una rotonda, ambas muy a la romana, para su comodidad y confort de sus invitados, turistas o residentes ingleses por lo general.

Inviernos en la Riviera

Nada arduo detectar a través de testimonios coetáneos la conexión directa de aquel turismo invernal con algo de mayor trascendencia futura. El ingreso en el ámbito del turismo internacional, bien que de modo incipiente, del trozo de costa provenzal más tarde llamada Azul.

Los cronistas de la zona, abundantes en todo momento, no vacilan en adjudicar el honor de su lanzamiento turístico al entusiasmo exteriorizado, por Niza y sus alrededores, por un hombre nada proclive a entusiasmos de ningún tipo. El novelista y médico escocés Tobias George Smollet (1721-1771), sobrándole a su colega y enemigo Laurence Sterne, razones para decir que «vio la vida a través de su *spleen* y de su ictericia». Diagnóstico errado desde el punto de vista clínico por parte del satírico irlandés, dado que hubiera acertado de decir que la vio a través de la tuberculosis pulmonar, la dolencia que dio al traste antes de tiempo con la vida de ambos autores.

(19) Thomas Okey. *The Story of Avignon* (Londres, 1926).

A diferencia de Sterne, Smollet dedicó gran parte de sus energías a luchar contra su enfermedad, convencido de poder curársela recurriendo a un remedio inaudito, puesto de moda hacia 1750 por el doctor Richard Russell, entre un contingente más amplio cada vez de pacientes ingleses, consistiendo su tratamiento en hacerles bañar en el mar, terapia poco más tarde prescrita de 1778 en adelante por el doctor R. James para reumáticos.

Satisfecho el doctor Smollet de los efectos de su tratamiento, en 1763, el año de la paz, cruzó el Canal con sus esposa e hijos, afincándose en Boulogne, desde donde escribía a las pocas semanas: «Hasta hace unos días he continuado bañándome con cierto beneficio para mi salud, aunque la temporada ha sido fría, húmeda y desagradable».

Vista la intemperancia de las aguas atlánticas, faltóle tiempo a la familia Smollet para trasladarse de seguido a las mediterráneas. No exactamente a las de las playas de Marsella, en las que en el verano de 1767, el joven Victor Alfieri, como muchos marselleses, derivó de sus baños de mar placeres sólo superados por su afición al teatro francés. Smollet se fue más lejos. Sentó su residencia en Niza, entonces una pequeña ciudad italiana hasta la médula, y con el fin de entretener sus ocios de literato en vacaciones, y de paso obtener algunos fondos adicionales, publicó en un diario de Londres, y en forma de cartas, unas amenísimas crónicas, en las que pese a poner a parir a la pintoresca y marinera ciudad —perezoso y sucio el servicio, llenas de excrementos las calles y las ventanas de las casas con papeles en vez de cristales, y muchos etcéteras más— puso por las mismísimas nubes a un clima exento de lluvias, la deshidratada belleza de un paisaje litoral inundado de sol y propicio para cultivar las excelencias terapéuticas de la talasoterapia, anotando de pasada y reiteradamente un dato para muchos crucial: lo baratísimo de los precios de los alojamientos y de la alimentación (20).

Al éxito obtenido por aquellos sabrosos y ambivalentes reportajes periodísticos, publicados por delante del libro que los recoge, atribuyen no pocos tratadistas turísticos franceses de hoy, sin discrepancia conocida, la génesis de la reducida y mesocráticamente distinguida colonia británica, al poco afincada por Niza. Altamente prestigiada al presidirla un invierno el duque de York, el muy enfermo hermano del rey George III de Inglaterra, acompañado hasta su último suspiro —genio y figura...— por la última de sus amantes.

Poco antes de, en 1783, inaugurarse en Niza el primer hotel de la población, con el apropiado nombre de «Hotel d'Anglaterre», en el que se alojó el duque de Gloucester. Centro de reunión, el hotel, de la *gentry* británica, sin constancia de que osara aquel friolento núcleo imitar a Smollet, bañándose en el mar.

Los inviernos marchaban muy bien para Niza en la temporada de 1784. Lo apreció así un distinguido miembro del Parlamento de París, camino de Italia, al hallar a Niza con numerosos extranjeros, y como era habitual en los de temporada, alojados por los alrededores de la pequeña población portuaria, en *maisons de campagne:*

(20) T. G. Smollet. *Travels through France and Italy* (Londres, 1766).

«Pobladas por ingleses, franceses, alemanes, una colonia en cada una de ellas: es en ellas a donde huyen de todos los países del mundo durante el

invierno, cuando Niza viene a ser una especie de invernadero para los delicados de salud» (21).

Situación consolidada ya en septiembre de 1789 al recalar en Niza procedente de Cannes, el competente viajero y agrónomo, Arthur *Young, gratamente impresionado de la amable población italiana, al* venir de una Francia acusando los estertores iniciales de su Gran Revolución. Encontró a su «Hôtel des Quatres Nations» *exceedingly good,* y muy barato de propina. Y aún en cierto auge en la pequeña ciudad:

> «El número de calles y casas que en este momento se construyen, es prueba inequívoca de que la ciudad florece, gracias en gran parte a la afluencia de extranjeros, ingleses en particular, que pasan aquí el invierno para beneficiarse gozando del clima» (22).

Aquel *boom* constructivo se asentaba en un contrasentido, al registrarse en un momento poco propicio para euforias. En un momento en el que a juicio de avisados vecinos de Niza el futuro turístico de la población se presentaba nada esperanzador, a causa de las violentas conmociones políticas registradas en el país vecino:

> «Están muy alarmados ahora —apostilla el viajero con referencia a la temporada a punto de comenzar— y temen que las noticias de las algaradas en Francia impedirán este invierno la llegada de muchos ingleses. El pasado vinieron 57 y 9 franceses: sospechan que este invierno vendrán nueve ingleses y cincuenta y siete franceses.»

Humoradas aparte, y aun en el supuesto de referir el cómputo de llegadas a familias, con su acostumbrado séquito de criados, la afluencia turística a la futura capital de una Riviera francesa, decayó a límites exiguos. Y nulos al poco. Al ser invadida, camino de Italia, por los ejércitos *sans-coulottes* de la Revolución, liderados por el joven Napoleón.

Anverso y reverso de la conciencia turística

Por obvia y manifiesta, no es costumbre dudar de la eficacia que para fomentar el turismo late en la acción de ese poderoso intangible denominado por los especialistas conciencia turística, consistente en ese clima moral que tiende a despertarse en lugares asiduamente frecuentados por turistas. Estableciéndose entre visitantes y visitados una dependencia, raíz de una especie de círculo, nada vicioso, al depender la altitud de la conciencia en cuestión, de la elevación del personal peculio de quienes residiendo en puntos de paso o de recepción de turistas, se dedican de modo directo, y en el mejor sentido de la palabra, a explotarlos.

Hecho del que por la parte que les tocó no dejaron de tomar debida nota algunos turistas perspicaces. El incansable y avisado Horace Walpole, por ejemplo, quien en su abultada correspondencia consignó un arsenal de datos referidos al viaje. Al retornar, una vez más a su adorada Francia, en 1765, tras veinticuatro años de ausencia y unas cuantas guerras de por medio, bastóle mantener abiertos los ojos, y analizar el paisaje entrevisto a través de la ventanilla del carruaje que le conducía del puerto de Boulogne a París, para apreciar la mutación a mejor del semblante de los pueblos y ciudades del recorrido. «En realidad, imputo a nosotros esta opulencia», participa

(21) Charles Dupaty. *Lettres sur l'Italie* (Paris, 1830).
(22) Arthur Young. *Travels in France during the years 1787, 1788 and 1789* (Londres, 1792).

Recepción de un turista inglés en París.

a un amigo londinense, en carta escrita desde un hotel de Amiens: impresión ilustrada con una metáfora petulantemente magistral:

> «Las migajas que caen de los coches de posta de los enjambres de ingleses que visitan París deben haber contribuido a engordar a esta provincia.»

Que supongo viene a ser el significado de *The crumbs that fall from the chaises of the swarms of English that visit Paris, must have contributed to fatten this province...*

Creyendo detectar algo más que migajas británicas beneficiando al centro turístico de una capital visitadísima por ingleses, un turista de aquella nacionalidad escribía:

> «Roma, que debió su origen a forasteros, sigue debiendo su afluencia a la misma fuente. Se dice que sólo los ingleses gastan más de cincuenta mil libras anuales en la Piazza di Spagna y alrededores... y los artistas están principalmente sostenidos por viajeros ingleses» (23).

Es hecho verificable en los puntos que registran presencias turísticas, en dosis más altas que las digeribles por el común, el turista corre el riesgo de experimentar fortísimas presiones contra el contenido de sus portamonedas, contratiempo que los autores viajeros —en la era de elegancia— raramente mencionaron, de no ser en su correspondencia. Lo hizo el presidente de Brosses, al rozar en su Carta XIV ciertas cuestiones monetarias, y configurar la silueta del turista en Italia, como un bípedo implume e inerme, dejándose esquilmar sin remisión. En pocas palabras, y sin que supusieran precedente, se queja de las discusiones originadas en las *cambiaturas* de la Posta, y de otras exacciones conducentes a un resultado final:

> «Cuando se ha presupuestado determinada suma para este viaje, al final termina costando el triple de lo calculado, por mucho que nuestra moneda gane al cambio italiano. Además del artículo de la posta y de los postillones que son unos abominables canallas, hay el de las posadas, más caras que en Francia, y lo que se llama la *buona mancia*, que nosotros diríamos la buena mano. Es el cuento de nunca acabar. Continuamente se ve uno rodeado de gentes que piden propina, y un hombre con el que se haya hecho una transacción que no llega a un luis, después de cerrar el trato, le parecerá la cosa más insólita del mundo no recibir más que un escudo de *buona mancia*.»

(23) Peter Beckford. *Familiar Letters from Italy*. Carta LXXXII.

El propio presidente reconoce lo irremediable del problema y en términos fatalistas expuso su desaliento:

> «Todos los días me quejo de ello a las gentes del país, que se limitan a encogerse de hombros exclamando: *Poveri forestieri*, lo que en su lenguaje vulgar equivale a decir; 'los extranjeros están hechos para que les roben'» (24).

Que los afectos no se compran con dinero, es una vieja verdad no desconocida por el sagaz magistrado francés. La quintaesenció en un afilado comentario al describir el espectáculo de una Roma rebosante de turistas. Aludiendo a los para él nada simpáticos ingleses *—dont Rome est toujours remplie—* disparó con infalible puntería:

> «Hacen gastos cuantiosos y son la nación favorita de los romanos a causa del dinero que traen pero, en el fondo, y por toda Italia, el corazón del país se inclina hacia los alemanes.»

Al correr del siglo, y a consecuencia de principios acabados de exponer, aumentan los lugares con síndromes reveladores de poseer conciencia turística. Acusado de modo taxativo por la potenciación del celebérrimo Carnaval de Venecia, al entender la *Signoria* conveniente para los intereses de la ciudad el dilatar ampliamente las fechas de su celebración. El sentimiento está bien presente en la súbita anglofilia receptiva exteriorizada por la industria hotelera helvética, recién aparecida por la orilla norte del lago de Ginebra, puesta *tan à la mode* por el éxito en Inglaterra de «La Nouvelle Héloïse» (1761), de Rousseau.

Toma de posición frente al extranjero ostensiblemente adoptada por infinidad de lugares no fáciles de detectar por su magra entidad demográfica. Por ejemplo, y esta vez sin sombra de duda, por los habitantes de la pintoresca villa de Malcesina, a orillas de lago de Garda, y de la ruta que en suave declive desciende del paso alpino del Brenner, acceso principal a Italia para el grueso del turismo nórdico.

La villa a la que en el otoño de 1786, y en el umbral de su idolatrada Italia, llegó procedente de Dresde el gran Goethe, tocándole protagonizar allí un incidente, calificado de «peligrosa aventura» en su «Viaje a Italia»: epíteto no demasiado hiperbólico a juzgar por su relato.

Comenzó la cosa del modo más inocente y trivial, al ocurrírsele al ilustre viajero, en el curso de un paseo matinal, aproximarse al viejo castillo de los Scaligero, señores en tiempos de la vecina Verona, y ponerse a dibujar una torre dominando el arruinado conjunto. Con la fatalidad de hallarse la fortaleza bastante cercana a la frontera entre la República de Venecia y la del imperio austríaco, razón aparente para que al poco rato rodearan a Goethe, y en actitud poco amistosa, un grupo de vecinos del pueblo, examinando por motivos totalmente ajenos a la estética su dibujo con ceñuda insistencia. Incómoda situación que alcanzó su máxima tensión al acercarse al artista un hombre mal encarado y arrancar su dibujo del cartapacio para romperlo en pedazos, adoptando la escena torvos carices al presentarse el podestá, o alcalde, acompañado del escribano.

Las explicaciones del dibujante, prolijas en demasía y emitidas naturalmente con acento alemán, de nada sirvieron para persuadir a los recelosos lugareños, de no tratarse de un espía, hasta asegurarles

(24) Charles de Brosses. *Lettres d'Italie en 1739 et 1740* (Paris, 1836).

Goethe no ser austríaco, sino alemán de Francfort. Importante distingo, preciso de verificación. Llamando al efecto del pueblo a un tal Gregorio antiguo residente en calidad de *gastarbeitër* —ya entonces— en la villa natal del escritor. Aclarado por Gregorio el *quid pro quo* nacional, la situación se despejó por completo al exponer su valedor al podestá una razón de peso: «Estoy convencido de que se trata de un bien educado aficionado a las artes, que viaja para instruirse. Dejémosle partir en paz para que hable a sus compatriotas bien de nosotros y les anime a visitar Malcesina, cuya hermosa situación es digna de ser admirada por los extranjeros.»

Mágicas palabras. Aptas para hacer deponer al grupo su hostilidad y devolver al escritor, con su libertad de acción, su proverbial serenidad y su sutil ironía. Al descubrir por entre el friso de resplandecientes faces que le rodeaban la del posadero en cuyo establecimiento se alojó, Goethe creyó interpretar en la mirífica mirada del industrial —y así lo declaraba en su «Italienische Reise»— como «regocijándose anticipadamente al pensar en la riada de extranjeros que llegarían a su posada en cuanto se dieran a conocer las excelencias de Malcesina».

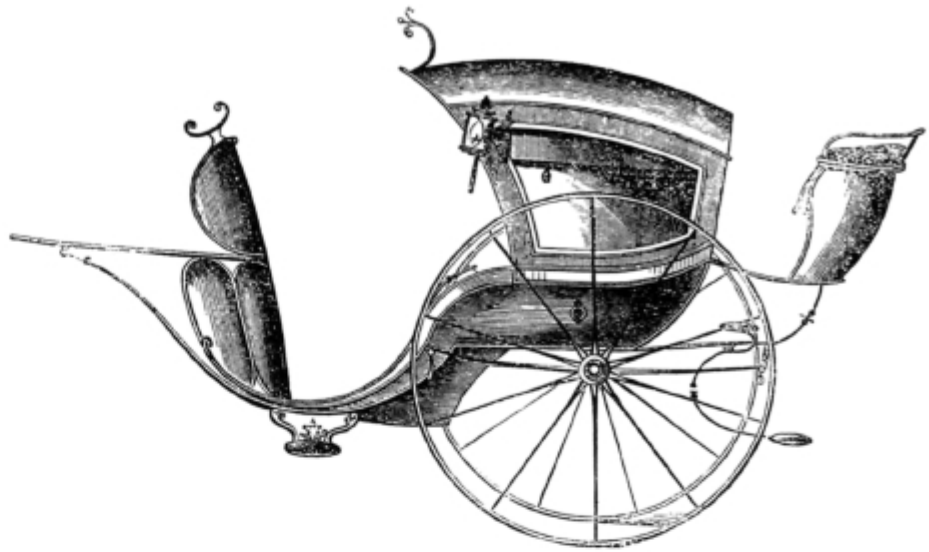
INFRAESTRUCTURA TURISTICA

No pudo menos el turismo de la Ilustración que beneficiarse en alguna medida de algunos de los avances técnicos con tanta vehemencia gráfica preconizados en los tomos de hermosas láminas ilustrando la prosa de *L'Enclyclopédie.* Si bien con poco progreso en el campo del transporte, sin registrarse la entrada en liza de ninguna invención de entidad a la espera de iniciar su curso el llamado siglo del vapor.

Transporte turístico

Los avances producidos en materia de transporte se redujeron a la continua puesta en servicio de novedades en tipos de carruajes, alineándose al lado de la veteranas carrozas y berlinas, modernas promociones de *tilburys, faetones, landaus, cabriolets* y la liviana *sediola* o *désobligeant,* una especie de silla de posta, para un solo viajero, o a lo sumo dos, abierta por delante, utilizada en 1762, en su desplazamiento de Calais a Paris, por Laurence Sterne, en su *Sentimental Journey.*

Un vehículo más en el repertorio de los coches de alquiler, o *voitures de remise.* Ambito dominado por gran parte de la Europa occidental por un clásico tipo de carruaje, suministrado con cierta abundacia por los servicios estatales de las postas, servicios hacia los que mostraron cierta resistencia orográfica, absolutamente involuntaria, Suiza y la península Ibérica. Se trató de la modesta y utilitaria silla de posta, la *chaise de Poste* para los francófonos, la *post chaise* de los ingleses y *Postkutsche* para los germanos. En todo caso un vehículo utilizable a tarifas razonables con arreglo a normas equiparables a las del *drive yourself,* tan poco apto para el tráfico urbano como ideal para jornadas de largo recorrido. No tan aparatoso como la carroza del



Post chaise con cochero.

seigneur, menos espacioso que la berlina del gentleman, pero considerablemente más económico, por legua y milla, debido en gran parte a las menores necesidades de tiro caballar.

No obstante, serios problemas, por no decir impedimentos, planteó a los turistas llegados en coche a una Italia cercada por el norte por una diadema de altas montañas, al no habilitarse hasta la era napoleónica un solo puerto montañero para ser franqueado por carruajes. Inconveniente obviado por la avanzada técnica carrocera del tiempo, construyendo unos vehículos desmontables utilizados, sobre todo, para sin desprenderse del vehículo trasponer el puerto del Mont Cenis, estupendamente organizado su paso por los servicios de carretera de la corte de Turín. No sin comportar el coronarlo, para los pasajeros en coche, ciertas molestias, digamos psíquicas, ajenas a las inherentes al tránsito por un alto puerto alpino. Como se deduce de la enternecedora narración en primera persona, del trago sufrido, en 1763, por un abate francés, siguiendo desde el interior de una posada a pie del puerto, aguzado el oído y con el alma en un puño, la preparación de la etapa montañera del día siguiente:

> «Desde mi habitación, oigo a los muleros disputar acerca del peso de mi cabriolet y en cuantos pedazos será preciso desguazarlo para transportarlo a lomos de mula. He ahí a un herrero, sin el menor aspecto de entender de *voitures,* que comienza a despedazar a la mía, sintiendo cada martillazo que descarga golpearme el corazón» (25).

Claro está que dentro de lo cómodo rodearon entonces tipos más sólidos y utilitarios de coches, pudiendo ejemplarizarlos la llamada «berlina de los reyes de España», construida bien mediado el XVIII, exhibida en el «Musée de la Voiture», instalado en el real palacio de Compiégne. Se trata del carruaje que transportó a Fernando VII desde Madrid a su dorado exilio en el château de Valençay tras desempeñar destacado papel en la vergüenza de Bayona. En el interior del vehículo en cuestión, y entre otros adminículos, se detecta un reducido arsenal de armas de fuego, puede que de caza, más un pequeño inodoro, o bien orinal, de decirlo en menos fino, disimulado a ras de asiento, bajo el cojín del asiento trasero.

(25) M. l'abbé Coyer. *Voyage d'Italie* (París, 1776).

En pugna perpetua Francia e Inglaterra, relevante el tanto que en materia de transporte de viajeros amantes de la velocidad se apuntó la industria francesa, al comenzar a rodar sobre suelo patrio *les diligences* (los *stage coaches* ingleses), de rapidísima divulgación en las décadas preferroviarias del siguiente siglo. Apodadas en origen *les turgotines*, al entrar en servicio en 1755, en memoria del brillante ministro de Hacienda de Luis XIV que las inventó, para cubrir ciertos servicios de largo recorrido, muy bien escogidos, realizando de noche parte de sus trayectos, para desesperación de numerosos mesoneros y posadores asentados en la ruta.

Carruajes y servicios destinados a cooperar en la pequeña revolución generada en la estructura social del turismo, en la medida de hacer más accesible la práctica y disfrute de aquella clase de viaje —por supuesto que al margen del *Grand Tour*— a segmentos de población no necesariamente opulentos, ni acomodados tan siquiera. Dado que los opulentos siguieron utilizando en sus viajes carruajes de calidad acorde con su estatus y privilegios, incluido el de deslumbrar al personal. El destino ineluctable de aquella *berline-dormeuse*, una premonición del «Wagon-Lit», individual, mencionada en 1742, en sus Memorias por el duque de Luynes, al relatar la partida del propietario del vehículo, de Choissy-le-Roi. Describiendo al carruaje en cuestión provisto de tres puertas de entrada, cama plegable y aparador, acostándose su dueño, el duque de Richelieu, en presencia de más de treinta personas, tras ordenar al criado calentarle las sábanas y al cochero o postillón, no despertarle antes de llegar a Lyon.

El viaje del grand seigneur

No faltan testimonios del tiempo reveladores del tipo de viaje realizado a bordo de tan variada gama de vehículos. Alguno de carácter autobiográfico, como el del «Giro» italiano, realizado en 1766 por Victor Alfieri, «con dos condiscípulos, y un ayo inglés, en un carruaje llevando a dos criados en el pescante, seguido por otros dos más en una calesa y cabalgando, a guisa de correo, mi ayuda de cámara (26)».

Bastante parecido en su organización el «tour» continental del joven Thomas Coke, heredero de la formidable fortuna adscrita al título de conde de Leicester, embarcado por sus progenitores, a los quince años de edad, en el «Grand Tour» de precepto, acompañado durante el viaje por el no menos joven conde de Burlington. Arropado por un imponente *entourage* compuesto de un capellán, un caballerizo, un valet, un mayordomo, seis criados en otra carroza para trasportarles a ellos, así como a parte del acopio de obras de arte, todas italianas, adquiridas en un «tour». Tantas, que para dignamente albergarlas y lucirlas debió edificar el conde de Leicester una mansión palatina en Norfolk, reedificando su compañero la suntuosa Burlington House, en Londres, con idéntico fin (27).

Tours realizados con espíritu e impedimenta similares a las del Giro europeo del joven marqués del Viso «y de toda su comitiva», como consta en la crónica de la excursión. Una expedición española de las de aquí os espero, integrada por la madre del muchacho, doña Leopolda, marquesa de Santa Cruz, y por los abuelos del chico, los du-

(26) Victor Alfieri. *Op. cit.*
(27) Cecil Roberts. *The Grand Cruise* (Londres, 1963).

«The stage coaches» ingleses, réplica de «les diligences» francesas puestas en servicio en 1755. Hogarth.

Dos dibujos de T. Rowlardson de finales del XVIII. Avería sin mayor importancia y el cambio de tiro.

ques del Infantado. Amén de servidumbre para dar y tomar, más un cultísimo abate canario, participante en el viaje en calidad de capellán y ayo del marquesito, y a la postre, de puntual cronista del *tour (28).*

Modélico desde todos los puntos de vista, intelectuales en especial, la gira realizada por su excelencia Charles de Brosses, conde de Tournai y de Montfalcon, primer presidente del Parlamento de Borgoña, jurista eminente, latinista consumado y *bon vivant* a carta cabal. Partiendo de su residencia de Dijon con un selecto grupito de amigos, y una generosa plantilla labor al de sirvientes, comprometido el presidente a documentarse sobre el terreno, para vuelto al hogar, rellenar y completar con erudición de primera mano las numerosas lagunas dejadas por Cayo Salustio en sus tratados históricos. Un grupo recibido en Turín por el rey y en Roma por el pontífice en audiencia papal. Legando a la posteridad, en favor de la Historia del Turismo, unas deliciosas *Lettres,* reescritas y bruñidas, la mayoría, a los quince o veinte años de realizado, como en 1920 pudo demostrar la investigadora Yvonne Bézard.

Muy parecida a la anterior, en lo externo, la forma en que en 1773 viajó de París a Italia, y regresó, el acaudalado monsieur Bergeret, conde de Négrepelisse, *plus bourgeois que grand seigneur,* escribe el prologuista de su *Voyage,* al presentar a un aristócrata de nuevo cuño sobrante de posibles. Acompañaron al señor cuatro amigos, el célebre pintor Fragonard entre ellos, con cinco criados y un buen cocinero, ocupando una espaciosa y pesada berlina, desmontable en casos de necesidad, más un ligero cabriolet, para la servidumbre, dos caballos de silla propios, obteniendo en *las postes* ocho caballerías más recambiables sobre la marcha. Desplazándose como pudo el *valet de chambre,* encargado de adelantarse a uña de caballo al grueso de la expedición, para comprobar el estado de la ruta y garantizar en los *relais* de las *cambiaturas.* Un buen cambio de caballos de tiro y, subsidiariamente, disponer lo necesario para la preparación de una buena comida para los amos (29).

Precaución en absoluto superflua la de prevenir el canje de caballerías, por idéntica razón a la de no ser hoy en día del todo improbable topar con una estación de servicio desprovista de combustible. Eventualidad de la que algunas novelas, en época en que las peripecias viajeras jugaron destacado papel, extrajeron enorme partido humorístico del hecho de quedar varado en seco, en el *relais* de alguna Posta, el vehículo del padre o del marido de la amada, a causa de haber aprovechado el amante fugitivo para burlar la persecución de sus perseguidores, alquilando a golpe de doblón todos los caballos disponibles. Aunque no tan novelesco, incidente más probable el que adelantara al vehículo del turista el de correos, llevándose los tiros frescos, a cambio de dejar en la cuadra los extenuados. Y sin abonar nada, dada la condición de estatal del servicio postal o de correos, con absoluta prioridad en el uso de unos caballos, no en vano llamados de la Posta.

Servicios más bien ineficientes en la fragmentada Italia del XVIII. Causa de que de modo prominente, y raramente bien, figura *il Vetturino,* dueño de *la vettura,* antecedente léxico de *la voiture,* prestando servicios de coches y carromatos de alquiler con conductor. *Race*

(28) José de Viera y Clavijo. *Apuntes del Diario e Itinerario de mi viage a Francia y Flandess* en los años de 1777 y 1778 (Santa Cruz de Tenerife, 1849).
(29) Bergeret de Grancourt. *Voyage d'Italie: 1773-1774* (París, 1948).

abominable et d'une fripponerie et d'una méchante foi innouies, brama en 1739 el presidente de Brosses presa de indignación.

Por más que una famosa guía turística inglesa (30), al uso de turistas de calidad, recomendase para el trillado trayecto de Roma a Nápoles y regreso, obligatoriamente por la *Via Appia,* recurrir a los *forfaits* verbales ofertados en Roma por los *vetturini.* Pudiendo costearse, a razón de quince guineas por empelucada cabeza, un *tour* de quince días, comprendiendo ocho comidas en el viaje al sur, y otras tantas el retorno. Incluyendo el precio el pago de la tasa de las *barcaccias,* al trasponer ríos desprovistos de puente, más una estancia en un buen hotel de Nápoles, con derecho a una excursión opcional al Vesubio y otras a las ruinas del Pozzuoli romano, la Baiae del turismo de invierno de los patricios del Imperio. Lo que significa que por una libra diaria podían disfrutarse *tout compris,* quince días de maravilla. En el buen entendido de quedar excluidas del «todo comprendido» las propinas, capítulo aparte y a veces ingrato por demás.

Aunque no muchas, hubo algunas variantes a mejor en los servicios de transporte, sin cejar en momento alguno el rodado en su tradicional pugna contra sí mismo, tratando de aumentar la velocidad de los vehículos, verdad es que conquistando sus adelantos a cambio de aligerar de peso muerto a las carrocerías. Progresos tarados con la contrapartida de sobrecargar el tráfico con un escalofriante aumento de vuelcos, fracturas de ejes y de ruedas, y de otros contratiempos generados por un accidentado maridaje entre una velocidad empeñada a desarrollarse sobre unas carreteras pavimentadas por firmes escasamente justificando el calificativo.

Bella ciertamente, por su evocador potencial, la estampa del cabriolet, o de la lujosa berlina del *milord,* en tránsito envuelta de polvo y fustazos, emblema del turismo deciochesco.

Sin menoscabo del recuerdo de otra menos rauda y estrepitosa manera de viajar, casi nunca desdeñada por el *grand touriste* de cruzarse en su camino. Se trató de unas espaciosas y hasta cierto punto cómodas barcazas, con capacidad para transportar carruajes, por lo general sin sus tiros deslizándose mayestáticamente por la masa superficie de los grandes ríos del continente europeo. Tráfico absorbido por ríos de anchurosidad del Rhin, del Elba y el Ródano, por cuyo cauce enlazaron los «coches d'eau» a Lyon con Avignon, continuando hasta el Mediterráneo. Pudiendo realizarse el viaje a Lyon, por vía fluvial, desde muchas millas aguas arriba, desde Chalon-sur-Saone, en Borgoña. Donde en noviembre de 1784 embarcó rumbo a Lyon un grupo liderado por un rico caballero inglés, según lo relata en encantadora prosa su esposa en el Diario de viaje:

> «Mr. Cradock, después de hacer provisiones de pan tierno, salió en busca de dos barcos, uno para transportarnos a nosotros y otro para nuestros carruajes. A las ocho de la mañana zarpamos para Lyon en un bonito navío a vela, cuyas cabinas recientemente tapizadas de seda, parecían pequeños saloncitos. Ibamos unos treinta pasajeros y gracias a nuestras provisiones hicimos nuestra comida a bordo de manera muy agradable. Desembarcamos en Macon, donde por vez primera cené en una *table d'hôte,* donde se me dio una buena habitación con dos camas, en la que sin desnudarme disfruté de unas horas de descanso.»

(30) Sir Thomas Nugent. *The Grand Tour containing an exact description of most of the Cities, Towns and Remarkable Places of Europe* (Londres, 1749).

Y así, con algunas detenciones nocturnas en tierra firme, hasta Lyon, «siendo la aproximación por el río a esta ciudad verdaderamente fascinante».

Más favorecido aún, en razón de la mala red de carreteras, el Danubio, con aceptables servicios fluviales de pasajeros, casi desde su nacimiento hasta su desembocadura. Y en caso de viajar en grupo, con la posibilidad de navegar por sus aguas de modo singularmente cómodo y económico, de seguir las recomendaciones de un experimentado viajero alemán:

> «El modo mejor es comprar en Ulm o en Ratisbona, un pequeño navío, con puente, que puede obtenerse por sesenta o setenta guilders, con capacidad para quince o dieciséis personas, pudiéndose la barca revender en Viena, a menudo por más dinero del que se pagó. Puede hacerse el viaje en cuatro o seis días, mientras que los otros servicios lo hacen en catorce. Los tres o cuatro marineros, y un buen piloto, se consideran suficientemente pagados por sus trabajos si al llegar a Viena se les regala el batel» (31).

Importación temporal de vehículos turísticos

Entre otras servidumbres de índole normal, el turista de coche propio debió de padecer en sus correrías, como buenamente pudo, el fuego cruzado de una guerra aduanera que, como sucede en toda guerra, buscaron sus participantes respaldo moral en el *do ut des,* y de los que se iban, por los que vendrían ya que, como era de esperar siguieron viniendo, y sobre todo a Francia, sin ir más lejos.

Nación en absoluto dispuesta a permanecer aduaneramente cruzada de brazos, contemplando de modo pasivo la arribada a sus puertos del Canal de buques lanzadera unilateralmente ingleses. Privilegio reservado para sí, y desde los tiempos de Cromwell, por sus vecinos de la costa de enfrente, esgrimiendo un argumento, respaldado por una potente marina, vuelto a aducir por las compañías aéreas «charter» de hoy, tendente a hacer coincidir la nacionalidad del vehículo con la del pasaje que transporta. Una imposición respondida por Francia con un sistema con poco que envidiar al vigente en otros países, válida para cimentar la estremecedora fama gozada entre turistas por los *douaniers* franceses. Quienes hicieron honor a su reputación dedicando parte de su actividad a complicarles más de la cuenta el inicio de su *Grand Tour,* a los *milords Anglois* prestos a explorar lo mejor de Europa, apoltronados en unos carruajes superiores en solidez, facha y confort a los fabricados en el continente. Un ostentoso capricho avinagrado por el gobierno de París, haciendo les costara bastante caro el satisfacerlo. Objetivo logrado sometiendo la importación temporal de coches a unas normas aduaneras, cuyas modernas resonancias se acrecientan al justificar su aspereza alegando la necesidad de proteger a la industria nacional de vehículos.

La legislación elaborada al efecto se encargó de que no rodara por carreteras francesas un solo vehículo de manufactura foránea sin antes abonar en Calais, o en cualquier otro puesto fronterizo, marítimo o terrestre, y en concepto de derechos de importación, un tercio del precio del vehículo calculado *ad valorem*. Tras abonar a tocateja el importe de una valoración practicada apuntando hacia arriba, actuaron más tarde las rémoras burocráticas de rigor para poder recu-

(31) Johann Kaspar Riesbeck. *Briefe eines reisenden Französen über Deutschland an seiner Bruder an Paris* (Zurich, 1783).

perar los dos tercios del depósito al abandonar Francia el propietario del carruaje, sufriendo la proverbial diferencia de velocidad que suele registrarse entre el pagar al Estado o que el Estado le pague a uno. Fuera por lo que fuese, abundaron quienes tras echar cuentas, estimaron traerles más cuenta renunciar al depósito, y tratar de vender el carruaje al final del *tour* en París, donde los coches ingleses, como todo artículo importado, gozaron de alto prestigio entre gente bien y de posibles. Sin faltar quienes optaron por vendérselo en Calais, al propietario del «Hôtel d'Anglaterre», el mejor europeo a juicio de algunos de sus mejores clientes, los ingleses, o bien en cualquier otro, punto fronterizo. Como pudo ser el puerto de Toulon, no muy distante entonces de la frontera con Italia. El lugar elegido en 1789 para desprenderse de su carruaje por un experimentado turista británico:

> «Persuadido por la opinión de los que supuse sabían más que yo, determiné vender mi yegua y mi coche y viajar por Italia en «vetturini», que parece se encuentran por todas partes y a precios baratos. En Aix me ofrecieron 20 luises, en Marsella 18, y pensé que cuanto más lejos fuera el precio descendería. Para escapar de las garras de los posaderos y palafreneros, que esperaban hacer negocio a costa mía, expuse el coche en una calle de Tolón, con un gran letrero «A vendre», y el precio de 25 luises. Mi plan resultó y vendí por 22 lo que en París me había costado 32 luises. Me habían conducido 1.200 millas, y no obstante, hizo un buen negocio el oficial que me los compró» (32).

Las restricciones aduaneras francesas, sobre los carruajes de los turistas extranjeros, tuvieron su réplica correspondiente en otros países, incluido el Estado español, con base, al igual que alegaron los fiscos de otros países, el floreciente estado alcanzado hacia finales de siglo por la industria nacional de fabricación de coches. Hasta el punto de hacerse preciso dictar disposiciones severas para evitar la importación de vehículos extranjeros, burlando la legislación aduanera en vigor, práctica al parecer adoptada por más de un turista extranjero, tropezando con la aplicación de aquella ley y, en Vitoria, el Barón de Bourgoing:

> «De acuerdo con una reciente ley, cuyo fin es estimular la fabricación de coches españoles, se exige abonar a los dueños de todos los vehículos que entran en España la décima parte de su valor, tasado por un perito, sin devolvérsele esta suma al viajero hasta que vuelva a pasar la frontera, mientras tanto se le entrega una filiación del coche y un recibo de la cantidad abonada. Gracias a un servicial empleado, que se prestó a ser mi fiador, me vi libre de abonar aquel impuesto» (33).

Hoteles y alojamientos

Un panorama no demasiado rosáceo, resulta aclarado en los puntos en los que el tráfico turístico convergió y se sedimentó, surgiendo para atenderle sibaríticos oasis de confort, cimiento de la infraestructura hotelera del siglo siguiente. Gozaron merecida fama, finalmente con la denominación de hoteles, algunos de París, Lyon, Ginebra, Nápoles, Venecia y Viena, en compañía de algunos ya entonces centenarios. Tales como el de «Los Tres Reyes», en Basilea, el de «La Cloche», de Dijon, «Il Sole», en Roma o el goethiano «Elephant», en Weimar, y el «Zum Ritter», de Heidelberg, por citar algunos de los

(32) Arthur Young. *Travels during the years 1787, 1788 and 1789* (Bury St. Edmunds, 1792).
(33) Jean-François de Bourgoing. *Nouveau voyage en Espagne* (Paris, 1789).

contrara «más gratas al paladar que a la vista y al olfato». Particular en el que logró la hostelería gala exonerarse de no pocos dicterios al poder anotarse en su haber, si no la invención, el refinamiento al menos de la bien recibida *table d'hôte,* o mesa redonda. Un ascenso jerárquico, en realidad, de aquellas plebeyas *public tables* de los Inns franceses, despectivamente aludidas en 1742 por lady Wortley Montagu, y no para bien, al verse forzada pagar doble precio por sus comidas: ya que *the decency of my sex confines me to eat in my chamber.* No obstante, la implantación de las *tables d'hôte* por el continente, liberó a los viajeros de más ínfulas de aquella servidumbre tan molesta para lady Montagu, de tener que comer encerrados en sus habitaciones, proporcionando a los viajeros un grato medio de relación social, apreciado en todo su valor por Victor Alfieri, al rememorar en sus Memorias su estancia en solitario, en Marsella, realzada «por haber en la fonda donde me hospedaba una *table d'hôte,* donde me sentía acompañado durante mis comidas, sin verme obligado a intervenir en las conversaciones, a causa de mi carácter taciturno».

Aquel sistema de restorán llamaba poderosamente la atención de los ingleses, creyendo conveniente el autor de una guía de hacia fin de siglo, explicárselo a sus lectores al hablar de los óptimos alojamientos de Francfort:

> «En estos comedores, como en los de otras fondas de Alemania y de Suiza, hay un comedor ordinario, en el que los viajeros pueden comer y cenar. Se llama *table d'hôte,* debido a la circunstancia de sentarse el patrón a la cabecera de la mesa y trinchar las vituallas. Este nombre, para el comedor, todavía se mantiene en Francia, aunque ya no se siente a la mesa el patrón» (35).

En todo caso, imposible sin un tanto de prudente cautela calibrar con tino y justicia la solvencia de la disparidad de juicios genéricos emitidos coetáneamente sobre los alojamientos en los que pararon los turistas del siglo. Natural que contando con los mejores establecimientos de Europa, los ingleses se mostraran propensos a denigrar a los del continente. No sin faltar algunos predispuestos a admitir la bondad de algunos alojamientos. Comenzando por los italianos, ubicados los más turísticos de Roma, y hasta la era romántica, concentrados por la Piazza di Spagna, y aledaños. El lugar al que en enero de 1786, acudió a buscar «un buen alojamiento», un turista venezolano de pro: «Mas quantos vi eran malos o carísimos, por motivo de que en este paraje han tomado la manía de alojarse todos los extranjeros, y los ingleses particularmente» (36).

Mucho más escenográficas que las de Roma, las locandas napolitanas, abiertos sus balcones a la soleada gloria marinera de la sin par bahía, recortándose al fondo el humeante cono del Vesubio, como suspendido del azul del cielo y del mar.

En Florencia, ponderada por propios y extraños la calidad de sus *pensione,* sitas la mayoría a lo largo de la buena orilla del Arno. Como la del inglés, Charles Chatfield, patrocinada por un par de generaciones de compatriotas suyos, jóvenes estudiantes y artistas en su mayoría. Viajeros mayores en edad posibles y respeto, se hallaron virtualmente *at home* en el «Vanini Hotel», regido por Mrs. Vanini, viuda de un inglés. Establecimiento recomendado por Mrs. Anne Miller, en su libro sobre Italia, con el señuelo de *Where you find English, cleanliness, elegance and civility.* Elogios parcialmente respaldados

(35) *A tour through Germany* (Londres s.f.).
(36) *Diarios de los viajes del General Miranda Op. cit.*

(y oído al mes) en diciembre de 1773, por el testimonio de un exigente cliente francés:

> «Se cree entrar en un Louvre por la vastedad del edificio y la cantidad de superfluas piezas que allí se encuentran, pareciéndonos los dormitorios muy incómodos, por la carencia de cortinajes en derredor de las camas y por el frío que hacía a causa de la helada que caía. Veo que es característico de las posadas de Italia el ser extremadamente grandes, sobre todo en las villas. Se está en ésta muy bien servido, y hay por lo menos tres clases de camareras de cuarto. Por la noche se os recibe con una gran antorcha en la mano y os conducen a vuestros apartamentos, bien amueblados, limpios y bien provistos de espejos con gran abundancia de bujías» (37).

Facilidades ofrecidas al cliente en la locanda florentina inaugurada en 1753, y sobre un escenario teatral, por Carlo Goldoni en su inmortal comedia *La Locandiera*. Provista de «sábanas de Flandes», «malvasía de Canarias» y algunos apartamentos, «con una habitación para dormir, y otra para comer, recibir y utilizarla al gusto de la clientela.»

Efectivamente regio por su categoría y ambiente el «Albergo Reale» fundado y sostenido en su capital de Turín por el inteligente monarca Emmanuel III y sucesores. Distinto, como siempre, el caso de Venecia, capaz de albergar adecuadamente el gran flujo visitante atraído de muy antiguo por la calidad de sus monumentos y festivales. Encabezado su equipo hotelero convencional por el muy veterano «Lione Bianco», en un tramo preferente del Gran Canal. Regido hacia 1761, según un cliente parisino, «por un francés italianizado que desuella a los huéspedes con la destreza de un judío». No obstante, establecimiento recipiendario de un efusivo elogio del multimillonario William Beckford:

> «Las habitaciones de nuestro *hotel* —escribe el exigente cliente— son espaciosas y alegres: hay en el centro del edificio un hermoso patio, pintado con frescos en muy buen estilo, perfectamente y pavimentado de mármoles jaspeados, que da paso a una refrescante corriente de aire.»

Los turistas de menos campanillas dispusieron del *Aquila Nera, il Scudo de Francia, il St. George,* y el *Regina d'Inglaterra,* que alojó a Goethe, y numerosas y pasables las *locanda* y *osterie* para viajeros más corrientes y de medio pelo.

Para estancias de cierta duración, es propio de gentes de pro alquilar algún gran apartamento, de los cuatro a seis en los que el aristócrata local de los muchos venidos a menos subdividió su *palazzo,* pudiendo incluso realizar el arriendo en una dependencia municipal establecida al efecto en las *Procuratie* de la Piazza S. Marco.

El problema alojativo se agudizaba en ciertos tramos camineros, escandalizándose a cierto turista francés, *de qualité,* la baja estofa de los *auberges* existentes en 1767 entre Roma y Nápoles, y mucho más al contrastarlos con los conocidos en un viaje por Inglaterra, «donde encontré en los de los pueblos una limpieza que no siempre se halla en los *hotels garnis* en París» (38).

Un panorama cuyas siniestras tintas pierden bastante de su virulencia de compulsar los denuestos y dicterios, casi tópicos, de los turistas extranjeros contra la hospedería italiana con el sensato juicio personal del magistrado de Brosses:

(37) Bergeret de Grancourt. *Op. cit.*
(38) M. Duclos. *Voyage en Italie* (Lausanne, 1791).

«Todo el mundo dice que las posadas de Italia son detestables —escribía en 1739— esto no es verdad, se está muy bien en las grandes ciudades, sin que sea para maravillarse se pase peor en las poblaciones pequeñas, pues lo mismo sucede en Francia» (39).

Tenía razón, al no ser terriblemente insólito al no hallar a veces, fuera de las poblaciones francesas de importancia, habitaciones individuales ni de matrimonio o para dos tan siquiera. Era bastante normal que varias camas ocuparan un mismo aposento, sin resultar infrecuente en absoluto tener que compartirlo con un extraño y hasta con una extraña. Por algo un minucioso *Traité de la civilité* (1702) formulaba instrucciones sumamente precisas en auxilio de cualquier dama o caballero confrontados, en el curso de un viaje, con un predicamento de tamaña magnitud. Episodio que sirve de abrupto final al *Sentimental Journey,* de Sterne, acaecido en la promiscua intimidad de la única habitación de una posada de las afueras de Lyon, entre el jocundo *clergyman* irlandés, y una dama piamontesa y la criada que en el viaje la acompañaba.

En la capital de Francia, centro de las modas, de la elegancia y del *esprit,* Nemeitz, en su *Sejour à Paris,* enumera algunos de los peligros que acechaban a los visitantes extranjeros en los *hôtels garnis* de la capital:

«Algunas veces hay damas alojadas en habitaciones amuebladas en esta clase de hoteles. Pretenden ser personas de alcurnia que se hallan de paso por la capital, por asuntos judiciales o algún otro importante. Frecuentemente ostentan el título de condesas o marquesas, y lo que son en realidad son "grisettes", o bien amantes mantenidas por particulares. Los conocedores del bello sexo francés saben por supuesto a qué clase pertenecen estas mujeres. Pero los extranjeros, por lo general, se equivocan cuando imaginan la gran fortuna que han tenido conociendo íntimamente a estas presuntas condesas y marquesas.»

Sin embargo, ¿quién es el que no viaja?, se preguntaba un popular escritor tras deplorar que fuera París incapaz de atender a las necesidades de los extranjeros sin ofrecer a los visitantes nada sino «tristes y sucias habitaciones amuebladas», una de tantas opiniones suyas que le valieron el tener que distanciarse de su país, para librarse de ser encerrado en la Bastilla (40).

Lo que no fue óbice para que los mejores hoteles de París, ubicados en la zona de St. Germain des Prés, adquirieran relevante importancia social. Puesta de relieve por una placa colocada en un antiguo edificio de la rue Jacob, conmemorando haberse firmado en 1784, y en uno de sus apartamentos, cuando el edificio albergaba al «Hotel de York», la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos, que dio estado oficial al nacimiento de la gran república ultramarina.

Una revisión fácil de ampliar se cerrará con una alusión a la extrema pulcritud de los alojamientos holandeses y el persistir en España la oferta hotelera francamente mala. Tanto así que muy bien pudiera computarse la tradicionalmente horrenda reputación de los alojamientos españoles como una de las principales causas de mantener al país excluido de las rutas del *Grand Tour.* Hasta apuntar hacia finales de siglo algunos reducidos focos de buena hostelería, instalada en Barcelona, Madrid y Cádiz, establecimientos casi sin excepción en manos de italianos del norte o posiblemente, suizos del sur.

(39) Charles de Brosses. *Lettres... sur l'Italie* (1799).
(40) Sebastián Mercier. *Tableau de Paris* (París, 1782).

Servicios sanitarios

Al enfrentarnos con un tema hotelero, de obvia escabrosidad, el de los baños y servicios afines, conviene prevenir contra el error en que habitualmente se incurre al interpretar la infrecuencia en que figuran textualmente mentados, como expresión de su inexistencia. Conclusión a la que se oponen hechos como el de funcionar desde París a Madrid, y desde Nápoles a Varsovia, establecimientos públicos de baños, no pocas veces objeto de merecidos elogios, de las damas que en plan de viaje los utilizaron. Amén de contar bastantes villas suizas con instalaciones dedicadas a satisfacer de muy amplio modo la pulcritud corporal de los caballeros viajeros, en unas bien cuidadas piscinas colectivas, en las que inmersos en la compañía de cierta clase de mujeres, se enjabonaban más desnudos que menos, en jovial y pantagruélica promiscuidad.

Claro está que sin incurrir en la omisión de olvidar la posibilidad de recurrir a un procedimiento más privado y convencional utilizado por doquier y desde tiempos casi inmemoriales. Consistente en algo tan simple como en higienizarse en el dormitorio de la posada o el hotel, sentado el viajero o la viajera en una tina, llena de agua caliente, transportada en humeantes cubos desde la cocina. Método representado en no pocos cuadros de género, pertenecientes a las escuelas francesa e inglesa.

Procede comentar sin trascender en particular la ocasión de eximirse parcialmente Francia de las diatribas inspiradas a los turistas por su equipo hotelero provincial, al corresponderle la distinción de implantar en algunos establecimientos del ramo ciertos servicios higiénicos, elogiados en 1788 por un muy exigente viajero inglés:

> «Resulta corriente encontrar en cada cuarto de Francia, un bidet y una jofaina para lavarse las manos, un detalle de aseo personal que me gustaría verlo extendido a Inglaterra» (41).

Una mejora en contraste con multitud de incómodas y desairadas situaciones afrontadas por viajeros de pro, derivadas de la deficiente atención prestada por el continente a cierto particular, de mención habitualmente excluida por escrito, en razón a los urbanos modales de la época. Cierto es que aludidas, y con palpable disgusto, por el doctor Sharp, compatriota de aquel Sir John Harington, a quien se le atribuye la invención, en 1596, del *Water-Closet,* en términos de un reducido aposento privado, provisto de una cisterna llena de agua, encima de una letrina individual, al censurar el viajero en cuestión el modo primario con el que en algunos tramos del itinerario italiano suplían la inexistencia de *lieux d'aisance,* o sea, y en castellano, excusados o retretes:

> «De Venecia a Roma —se lamenta el doctor Sharp— apenas se encuentra esa limpia y utilísima invención, el *privy*, así es que lo que debería ser recogido y enterrado en el olvido, lo hallaréis aquí de continuo ante vuestra nariz y ojos» (42).

Una dúplice agresión contra dos de los sentidos del humano al parecer padecidas con indudable frecuencia, en 1755, por tierras francesas, por un canónigo sevillano, quien en su personal diario de viajes, y de modo explícito sobremanera, expuso ciertos problemas plan-

(41) Arthur Young. *Op. cit.*
(42) Samuel Sharp. *Letters from Italy* (Londres, 1767).

teados en algunos alojamientos franceses, en trances de satisfacer «las precisas necesidades a que está sujeto el cuerpo humano»:

> «¿Quién ha de creer que siendo los franceses y demás naciones del Norte tan publicadores de sus primores y aseadas disposiciones en el vivir con comodidad para esto tengan los vasos más incómodos y con el mayor desaseo? Unas escupideras de cuatro dedos de alto y anchas es la única prevención que ponen debajo de la cama, sin cubrirlas con el lienzo que acostumbramos en España, que al menos sirve para contener el fetor estando así cubiertas. Si durante la noche se ofrece alguna cosa, es preciso vestirse y buscar el lugar común (que los franceses llaman *comodité)* a costa de tanta molestia, y de exponerse a una perlesía en países tan fríos y destemplados: el que tema estas resultas, se acomoda en las escupideras, puestas sobre algún taburete, y está dicho con esto la incomodidad, por la improporción de los vasos, y a más de esto, quedar descubiertos con molestias de su fetor; y siempre es necesaria mucha cautela, por lo fácil que son a quebrarse con el peso del cuerpo, y lastimar al paciente» (43).

Hubo *ladies* capaces de vencer rubores en su correspondencia particular, para de amiga a amiga, y de mujer a mujer, deplorar no haber incorporado a su equipo viajero la útil y portátil *chaise percée,* artefacto inhallable al parecer en demasiados establecimientos de su recorrido por el continente, mal suplida su ausencia por los *chamber pots,* de infame recuerdo en alguna epístola de lady Craven, o les pots-de-chambre, sus hermanos gemelos.

Por tanto, nada difícil imaginar a las cuitadas solventando su predicamento, en más de una ocasión, en la forma explicitada por Goethe en su «Diario», al descender el habitualmente olímpico autor en su texto unos cuantos peldaños de su *podium,* para su bilinguamente narrar el incidente que en 1776 le sucedió en la *Locanda della Rosa,* de Torbole, a orilla del lago de Garda, en la mismísima antesala de la Italia de sus anhelos:

> «Cuando pregunté al criado —cuenta Goethe en su Reise— por cierto sitio necesario, se limitó a mostrarme la cuadra diciéndome: *Qui abasso può servirsi. Dove?,* le pregunté. Y amablemente me respondió: *da per tutto; dove vuo.»*

(43) Francisco Aguilar Piñal. *De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII* (Archivo Hispalense N.° 15) Sevilla, 1958).